

—No cometáis imprudencias: el sonido del disparo dará la voz de alarma al oso, que sin duda, en estos momentos duerme sosegadamente en su antro.

—Tenéis razón,—dije yo;—no hemos trepado estos endiablados riscos para cazar cabras montesas, y, por otra parte, tiempo sobrado queda para ello.

Después de hecha esta filosófica reflexión, seguimos de nuevo nuestro camino por aquellos intrincados vericuetos.

Media hora hacía que íbamos avanzando, cuando oímos un característico silbido. Era una señal.

—Pedro habrá, sin duda, sido más feliz que nosotros, y habrá hallado las trazas del oso.

Las señales se repitieron, y merced á ellas nos fuimos acercando al sitio donde estaban reunidos ya el resto de los cazadores.

El jefe de la batida y Pedro conferenciaron durante algunos instantes. Los cazadores de las ciudades hacen, en semejantes trances, un papel secundario, pues los montañeses, que se hallan allí en su elemento, ocupan el primer rango, que nadie puede ser osado á disputarles.

Juan, que así se llamaba el montañés jefe de la partida, llamó á los tres cazadores y les manifestó que las huellas frescas impresas en el suelo indicaban que aquel era el camino que había emprendido el oso á su regreso de las correrías por el valle, y que, según todos los indicios, era un oso magnífico y adulto.

Los perros daban manifestadas señales de impaciencia, olfateando las huellas del oso, y á duras penas podían contenerles las enérgicas voces de sus dueños.

Por fin, se dió de nuevo la señal de partida; y esta vez Juan y Pedro, seguidos de los perros, se adelantaron, y el resto de los cazadores fué siguiéndoles á respetuosa distancia.

Hora y media hacía que seguían tan penoso camino, cuando los cazadores vieron en una revuelta desaparecer de su vista á Juan y Pedro, seguidos de la jauría.

El montañés que nos dirigía,—añade el marqués de X...—dió orden de alto, esperando el desenlace de las pesquisas Juan y Pedro.

No tuvimos que aguardar largo tiempo: al cabo de un instante vimos llegar á Pedro, que nos anunció que habían descubierto el antro del oso.

Allí todos enderezamos nuestros pasos, y llegamos al fondo de un inmenso barranco, entre cuyas breñas caían cascadas de espumosa agua, llenando el espacio de siniestros rumores y de grande estrépito.

La nieve tapizaba aún gran parte del suelo, y congelaba las ramas de colosales abetos.

Aquel sitio era un refugio dispuesto á maravilla para el huésped de las montañas. Las concavidades de las rocas, por el labor incesante de los siglos, por el trabajo perenne de aquellas aguas que de noche y día caen por entre aquellos riscos, habían formado una gran caverna natural, cuyo fondo escapaba á las escudriñadoras miradas de los cazadores.

Reinaba el más profundo silencio; la naturaleza aparecía misteriosa y solitaria, y los cazadores hubieran podido creer que el oso había cambiado de domicilio, ó bien vagaba por las montañas, si no hubieran existido por doquier señales manifiestas de que la alimaña había regresado á su antro y que no había salido de él.

Pedro indicó á los tres cazadores que se apostaran á lo alto de las breñas, encima de la entrada del antro, á fin de que, desde aquella fortaleza, dispararan sobre el oso cuando saliera de su escondrijo.

Aceptamos resignados nuestro puesto,—añade el marqués de X...—porque, desconocedores por completo del país, y siendo la primera vez que teníamos que medir nuestras armas con el oso, era una verdadera imprudencia el desdeñar el sitio que se nos había señalado. Todo continuaba en el mismo extraño silencio.

Colocado cada uno en su puesto, en semicírculo alrededor del antro, menos los tres cazadores que habían trepado á lo alto de las breñas, á una señal de Pedro todos los cazadores empezaron á gritar desafortadamente para llamar la atención del oso, lanzando, á la vez, piedras en el interior del antro, y sacudiendo con palos la corteza de los árboles.

Por fin se oyó un sordo gruñido. No había duda: el oso se hallaba en el interior de la cueva. Los perros ladraron furiosamente, pero dando algunas señales de temor.

Á una voz de Pedro, acompañada de algunos latigazos, tres canes penetraron en el interior del antro. Entonces se oyeron furiosos gruñidos y el ruido de sorda y terrible lucha: dos de los perros salieron ensangrentados y gimoteando; en cuanto al tercero, había quedado tendido en el fondo de la gruta.

El oso, al fin, apareció en el dintel del antro. Era un oso pardo, adulto, de gran tamaño y de largo pelo. Su aspecto era imponente: irritado, con las fauces sanguiinolentas, parecía dispuesto á vender cara su vida ya que se veía forzado á aceptar el combate.

Al ver al oso,—dice el marqués,—uno de mis compañeros disparó precipitadamente; pero ya sea que la piel del animal fuese muy dura, ó bien que hubiese errado el tiro, el oso permaneció en pie, pero más irriado y furioso aún por el disparo.

Los cazadores montañeses, defendidos unos por breñas y otros por troncos de árboles, espíaban la ocasión para disparar sobre el oso.

Pedro se adelantó, y, apuntando firmemente el fusil, disparó. La bala se había alojado en el pecho del animal, pero permanecía en pie. Sonó un segundo disparo, que tocó también al oso, pero sin matarle.

La fiera, exhalando terribles rugidos, dió un gran salto, y, cayendo sobre Juan, le apretó entre sus velludos y vigorosos brazos.

Momentos terribles fueron aquellos en que el hombre y la fiera lucharon cuerpo á cuerpo.

El oso,—añade el marqués de X...—me ofrecía, en aquel momento, magnífico blanco, pero no osé disparar, temeroso de herir á Juan.

Dos leñadores, armados de hachas, se acercaron al oso, asestándole un terrible golpe; y la fiera, abriendo sus brazos, saltó á Juan, que, rápido como el rayo, hundió su cuchillo en el vientre del animal. Un tiro, disparado en la sien por otro de los cazadores, dejó sin vida al oso.

Como pueden juzgar nuestros lectores, se oyeron grandes gritos de alborozo, que fueron repetidos por todos los ámbitos de la montaña. El oso pesaba unos doscientos kilogramos.

VI

Los Pirineos son testigos algunas veces de combates aislados entre algún montañés y algún oso. Los habitantes del valle de Ossau se entregan á la caza del oso como los árabes en África para perseguir, ahuyentar ó matar á los enemigos de su hacienda. Durante los inviernos poco rigurosos, el oso, no aletargado por el frío, sale de su guarida, y aguijoneado por el hambre se dirige á rodar alrededor de las praderas donde pacen los rebaños. Careciendo de granos ó frutos con que saciar su voracidad, el oso, por sorpresa y emboscada, ataca al carnero imprudente algo desviado del resto del rebaño, lo arrebató y lo devora en su caverna.

Tras semejantes algaradas, la cabeza del oso es puesta á precio, y se le persigue, y no tarda en pagar con la vida su merodeo.

La población del valle de Ossau ofrece un tipo particular. Circunscrita en un espacio limitado por el *gave* y las montañas, monta unas diez y ocho mil almas diseminadas en diez y siete aldeas, que tienen todos los

mismos hábitos, usos y costumbres. Los hombres son fuertes, diestros, ligeros y nerviosos; y, viviendo siempre al aire libre y en contacto con la naturaleza, adquieren un vigor poco común.

Su traje es de los mas pintorescos: la forma elegante de la gorra les deja ostentar su cabellera negra y rizada; su cuello libre y desembarazado de corbata; el chaleco es de lana blanca, los pantalones pardos y la faja roja. Estos hombres suelen estar bien formados, y sus piernas muy bien proporcionadas; debido, sin duda, al hábito de trepar por las montañas.

Las costumbres de aquel valle son patriarcales, y la vida de familia tiene sólidas raíces, porque los de Ossau no se casan jamás fuera de su comarca, inspirándoles gran respeto un viejo proverbio que dice que esto causa desgracia, y que el que lo quebranta es engañado ó engañador.

Las fortunas son más que modestas, y es preciso que el trabajo acuda en su auxilio. La ociosidad es desconocida en las aldeas, y los enamorados mancebos ahorran con paciencia su dote.

Cuando la pobreza es muy grande, entónces es necesario que la Providencia, que protege á menudo los sentimientos honrados y sinceros, acuda en auxilio de las parejas ricas de honor, pero pobres en recursos.

Damos estos detalles para narrar una encantadora historieta que data de catorce ó quince años.

En uno de los pequeños villorrios del valle de Ossau, vivía un honrado y laborioso montañés de veintiséis años. Era hijo único y el sostén de sus ancianos padres, que por toda riqueza poseían la pequeña cabaña en que vivían, rodeada de un pequeño terreno cultivado por el viejo pastor, mientras que Loric—este era el nombre del mancebo—dirigía sus rebaños á pastar en la montaña. Vivían pobres, pero dichosos.

Con la edad, Loric vióse señoreado por otros pensamientos, cuidados y esperanzas. El mancebo era un arrogante mozo, valiente y bueno, y amaba más que nunca á sus padres; pero sentía esos vagos é indefinibles deseos que Dios ha impreso en el corazón de los hombres de buscar una compañera y formar una familia. Pero ¿cómo hacerlo? Muchas veces, apacentando el ganado, sentía una secreta inclinación hacia María, hermosa pastora que vivía en uno de los villorrios de los alrededores.

Loric no había dicho una palabra á la aldeana, pero la casualidad, esa Providencia de los enamorados, hizo que sus ojos se encontraran, y que sus corazones sencillos revelaran el secreto de su alma.

Era á fines de otoño, y ya el invierno hacía sentir sus

rigores. Las hojas de los árboles alfombraban el suelo, y el viento las arrojaba lejos en caprichoso torbellino; la nieve empezaba á blanquear las cimas de las montañas y tapizaba las praderas. Las alimañas salvajes comenzaban á rodar junto á los rebaños, acechando una presa, y Loric había, más de una vez, visto las huellas y reconocido el paso de los osos. Una idea salvadora se le ocurrió: si lograba dar muerte á uno de estos animales, recogería provecho suficiente para pagar los gastos de su instalación matrimonial, y además le proporcionaría gloria y nombre.

Concebida esta idea, examinó cuidadosamente el fusil é hizo provisión de las balas adecuadas á este género de caza. Los montañeses que carecen de los proyectiles perfeccionados, se valen, para semejantes cazas, de lingotes de hierro envueltos con un trapo de lana, que sustituyen á nuestras terribles balas cónicas.

Loric comunicó sus proyectos únicamente á su prometida, recomendándole rogase por él á San Pedro, patrón de los pastores de Ossau, y á la Virgen; porque si salía victorioso la felicidad sería la recompensa, pero en caso contrario podía hallar hasta la muerte.

Durante muchas noches, provisto de su arma de dos tiros cargados con lingotes, se puso de acecho en el bosque de abetos, atento al menor ruido, fija la mirada y registrando el espacio que se desarrollaba á su vista. ¡Cuántas veces latió su corazón, pareciendo querer saltarse del pecho, creyendo ver llegar el objeto de su emboscada!

Por fin, la tercera noche, en que la Luna alumbraba el firmamento y el frío era penetrante, serían las once, cuando el cazador, que, fantaseando con la imaginación la perspectiva de su porvenir, entretenía su forzada inacción, oyó el ruido de un paso sordo y regular.

Poco á poco aquel rumor fué acercándose, y pronto apareció á pequeña distancia de Loric un oso enorme. Avanzaba lentamente, y sin temor ni desconfianza.

Á la vista de aquella enorme alimaña, Loric sintió temblar su cuerpo, y vió señoreado su ánimo por esta mezcla de temor y de ardor que en semejantes circunstancias experimentan las almas mejor templadas.

Loric se hallaba oculto tras un abeto colosal. Todo se presentaba propicio. El oso, por un azar providencial, volvía la cabeza á un lado, y presentaba la oreja y la espalda como blanco al cazador.

Loric, una rodilla en tierra, la cabeza inclinada un poco hacia delante, conteniendo su aliento, mientras que el corazón batía violentamente, esperó que su adversario estuviera colocado bien enfrente de él. Entonces, encomendándose á Dios, pensando en la que

amaba, apoyó el fusil en el hombro, apuntó é hizo fuego, y después la segunda descarga siguió inmediatamente á la primera.

El humo de la pólvora no se había aún desvanecido, cuando Loric vió al oso herido dando saltos. El primer lingote había penetrado en el ojo del animal; y, ciego y loco de dolor, daba un salto, cuando el segundo tiro le penetró en la espaldilla y penetró en el corazón. La alimaña dejó oír algunos sordos gruñidos, seguidos del estertor de la agonía; y después de algunas convulsiones quedó inmóvil en medio del sendero, en el que se dibujaba su masa negra enrojecida por la sangre.

Loric permaneció durante algunos instantes en la misma posición, conmovido y osando apenas creer en su dicha. Levantóse; y, avanzando con precaución hacia el animal, se convenció de que estaba bien muerto, y esperó junto á su víctima, aguardando á que viniesen sus compañeros, á quienes, sin duda, el ruido de la doble detonación y los avisos de María conducirían á aquellos sitios.

En efecto, no se equivocó; y al cabo de algun tiempo oyó sonar á lo lejos voces confusas, ruidos de pasos y clamores, á los que respondió; y en breve vió aparecer una docena de sus mejores compañeros, y en medio de ellos, apoyada en el brazo de su viejo tío, á María que llena de inquietud había rondado sin cesar por los alrededores del villorrio. Al ver á Loric sano y salvo, y el oso extendido á sus pies, exclamó alborozada: «¡Virgen María: sed mil veces bendecida!»

Todos comprendieron el misterio del suceso, y participaron de la alegría de los enamorados. Formaron con ramas y troncos unas angarillas, sobre las que depositaron el pesado fardo, relevándose de distancia en distancia; y así llegaron al pueblo al alborar del día.

Los habitantes de la aldea, al despertar, se encontraron con aquella nueva. Todo el mundo felicitó á Loric, y se celebró el famoso paseo del oso con el ceremonial de costumbre. Todos quisieron asociarse y contribuir con sus medios á premiar la valerosa acción de Loric; de suerte que la venta del oso produjo al mancebo la suma redonda de seiscientos francos, que le permitió casarse con María, siendo dichosos y felices. El montañés cazó después hasta ocho osos más, que le valieron mucha honra y provecho.

VII

En los desiertos de la América del Norte se considera el oso leonado como el más feroz; pero en los

cantones de Suiza, donde ha existido tal especie hasta hace pocos años, era calificado de manso y dócil por todo extremo. Hoy día pertenece en aquellas comarcas á la categoría de la leyenda.

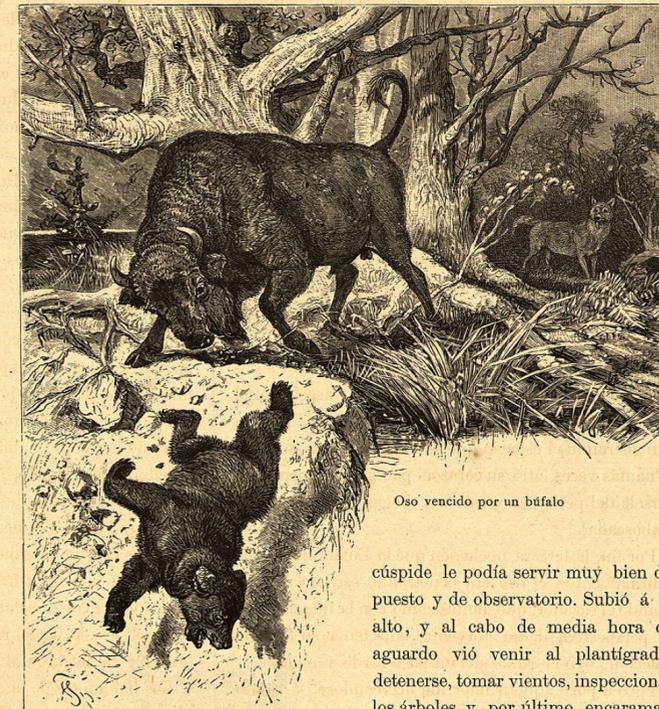
Dotado de una vista penetrante, de un oído finísimo, de un olfato exquisito y de un vigor poco común, une á estas cualidades físicas una prudencia y una bravura que le hacen terrible adversario. Él no ataca al hombre sin ser antes provocado; pero ¡ay del cazador poco diestro que le hiera!

En el Oberland de Berna, el último que hubo de tan incómodos huéspedes tomó la detestable costumbre de cobrarse el diezmo de los rebaños que pacían en la cima de las verdes colinas de aquellas pintorescas regiones. Llegaba su audacia hasta visitar la cerca de los mismos rediles; los perros, con furiosos ladridos, indicaban su aproximación; los campesinos la deploraban, y los valientes cazadores de gamos echaban coléricas y vivas imprecaciones al verse reducidos á un papel de simples espectadores, porque una práctica tan antigua como ridícula declaraba incapaz de cazar osos á quien no pudiese acreditar títulos de nobleza. Éste era uno de los anacronismos más

estúpidos que menciona la historia del presente siglo. *Dura lex, sed lex.* Al fin, los habitantes del cantón de Berna echaron abajo tan rancia costumbre, comprendiendo que la mejor ejecutoria que puede ostentar el cazador de osos es la bravura del corazón y lo certero de la puntería; y Müller, uno de los cazadores más célebres del país, decidió poner término á las rapiñas del audaz bandido plantigrado. Para ello necesitaba rivalizar en astucia con el animal, y cogerle vivo si era posible, á fin de eludir el texto de la ley. Difícil era la empresa, pero no por ello desmayó nuestro héroe. Dedicóse á perseguir á su adversario, á estudiar sus entradas y sus salidas; y tanto hizo, y con tal provecho, que al cabo de un mes el animal no tenía ya secretos para él.

Lazos y trampas de todo género fueron puestos discretamente en su tránsito habitual; pero el oso burló todas las asechanzas, sin que el cazador se desalentara en su obra.

Un día descubrió Müller, en el centro del bosque de castaños que más frecuentaba el animal, un enorme mogote de granito, de 10 ó 12 metros de alto, y cuya



Oso vencido por un búfalo

cúspide le podía servir muy bien de puesto y de observatorio. Subió á lo alto, y al cabo de media hora de aguardo vió venir al plantigrado, detenerse, tomar vientos, inspeccionar los árboles, y, por último, encaramarse á uno de ellos con la agilidad propia de un gimnasta de primer orden.

Llegado á la primera bifurcación de las ramas inferiores, metió una pata en cierta concavidad que había en el tronco, y luego la retiró, lamiéndosela con verdadera delicia. Mientras duró la tarea de meter y sacar la pata, estuvo el cazador apuntando con intención de tirar; pero de repente le ocurrió una idea, y puso á un lado la escopeta, sonriendo con malicia. El oso, por su parte, después de haber castrado bien un panal de miel riquísima, bajó del árbol, desapareciendo entre las espesuras del bosque.

Algunos días más tarde volvió al mismo sitio nuestro cazador, en unión de otro compañero, quienes, además de sus armas de costumbre, llevaban un gran puchero